

ENRIQUE LÍSTER Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

EDUARDO PALOMAR BARÓ

Primeros años

Enrique Líster Forján nació el 21 de abril de 1907 en una aldea llamada Ameneiro, en la parroquia de Calo, municipio de Teo, a 7 kilómetros de Santiago de Compostela (La Coruña). Su verdadero nombre fue el de Jesús Liste Forján.

Su padre era cantero y su madre campesina. Los Líster tuvieron siete hijos, cinco varones, Constante, Eduardo, Enrique, Manuel y Faustino, que siguieron el oficio del padre y dos mujeres, Manuela y Aurora, que se dedicaron a los trabajos del campo. Desde pequeño Enrique comenzó a trabajar con sus padres en labores en la aldea. La escuela más próxima quedaba muy lejana, por lo que se quedó sin aprender a leer y escribir. A los 11 años su padre, harto de tanta pobreza en la mísera y caciquil Galicia de la época, decidió partir para Cuba donde ya estaban sus dos hijos mayores.

Estancia en Cuba

En los primeros meses de estancia en Cuba se sintió terriblemente triste. Le invadió la morriña. Se acordaba de su madre y hermanos, de los amigos, la aldea, de las huertas de los vecinos.

Pero este estado de ánimo le duró poco. Se convirtió en el jefe de una banda formada por los mozalbetes del barrio de Belén, en La Habana, sobresaliendo por su fortaleza física y por lo arriesgado de los “golpes” que preparaba. Los enfrentamientos con la policía eran frecuentes y en más de una ocasión los familiares tenían que sacarlos del puesto de la policía, pagando la correspondiente multa.

Su padre lo colocó de aprendiz de bodeguero (tendero) en un negocio que tenía un paisano llamado José Albariño en la calle Sol y San Ignacio. Por un altercado que tuvo con el cuñado del dueño, al que partió una botella de coñac en la cabeza, lo echaron a cajas destempladas. El padre le buscó trabajo en la tienda de un orensano, José López, siendo también despedido, esta vez por comportarse demasiado espléndido con sus nuevas amistades a los que obsequiaba constantemente con las gollerías que tomaba de la tienda sin permiso del dueño.

Decidido a seguir el oficio del padre, se inició en él en La Habana, donde comenzó a estudiar por la noche en la escuela del Centro Gallego.

Condenado en el reformatorio de menores de Guanajay

Esta rutina no duró mucho tiempo, ya que una noche al salir del Centro Gallego una muchacha se le acercó para ofrecerle un par de pesos si le llevaba un paquete y se lo entregaba a una persona. Enrique, sin pensarlo y ante la necesidad de dinero aceptó la propuesta. El sencillo encargo fue cumplido con toda normalidad, sin embargo después de varios días dos personas, que se identificaron como policías, detuvieron a Enrique. Al llegar a las dependencias policiales los agentes empezaron a gritarle y a golpearle. Le preguntaron quién era la persona que le había dado la bomba. Enrique desconocía el contenido del paquete, pero al escuchar la palabra bomba evitó dar pistas a la policía. Los dos pesos terminaron por salirle muy caros, pues tuvo una condena de dos años de cárcel en el reformatorio de menores de Guanajay. Desde este hecho casual, seguramente, Enrique comenzó a experimentar vivencias muy duras que le fueron curtiendo en su juventud. Al salir de la cárcel con 17 años su padre le consiguió un trabajo de cantero en la construcción del Centro Asturiano. Por aquellos años Enrique

estaba muy adaptado a la vida cubana, atrás quedaban su tristeza y sus deseos de volver a Galicia.

Regreso a España e incidentes con la Guardia Civil

Pero todo cambió el 25 de enero de 1925. Una carta recibida por un compañero de trabajo y vecino de su aldea le contaba que a su madre le pegaba el herrero y su hijo. La noticia le causó tanta indignación que juntó todos sus ahorros y sacó pasaje para Galicia el 28 de enero. Y con los que le sobró compró una pistola del 9 largo y una caja de balas. Llegó a Vigo el 11 de febrero y a su casa el día 13. Su madre asustada intentó quitarle importancia al asunto, mientras el herrero y su hijo huyeron de la aldea. Después de un mes la Guardia Civil registró su casa y requisó la pistola. Enrique sabe que corre peligro y consigue otra pistola. El encuentro fue inevitable, y así el 30 de abril se encontraron los tres y se enfrentaron a tiro limpio. Enrique quedó con una herida en la cabeza y el hijo del herrero con un tiro en el pulmón.

Durante los años 1925 al 26 Lister intentó darle vida al Sindicato de Oficios Varios de Teo (Ames) donde también participaron sus hermanos.

Después de tener un nuevo incidente con la Guardia Civil, para evitar ir a la cárcel, volvió a Cuba en enero de 1927.

Vuelta a Cuba. Se afilia al Partido Comunista

En La Habana trabajó en la construcción del Capitolio donde tomó contacto con el Sindicato, y un dirigente del mismo, de origen canario, comenzó a hablarle de la Unión Soviética y del socialismo. En 1920 se constituyó la Federación Obrera de La Habana, en 1925 se creó en Camagüey la Confederación Nacional Obrera y a mediados de 1927 se fundó el Partido Comunista de Cuba liderado por Ricardo Mella y Rubén Martínez Villena. Tanto Lister como el gallego Fernández Valle, entre otros paisanos, formaron parte de este nuevo partido. La dictadura de Machado no tardó en reaccionar de forma represiva deteniendo a un gran número de comunistas. Lister se vio en la obligación de dejar el trabajo para evitar la detención, motivo por el que su partido decidió que lo mejor era que saliera del país de forma clandestina en un barco que salía para España y paraba en Nueva York.

Llegada a Galicia. Proclamación de la República

Su destino debería ser esa última ciudad pero el destino le jugó una mala pasada y una fuerte custodia del barco no le permitió bajar. Fue así como nuevamente estuvo en Galicia. En 1928 llegó a La Coruña donde se puso en contacto con su familia y con la organización del Partido Comunista Español, incorporándose a la célula de Santiago de Compostela.

Nuevos enfrentamientos con la Guardia Civil le llevan a la cárcel. Allí le coge la proclamación de la República el 14 de abril de 1931, siendo liberado y entrando de lleno en las luchas sociales de la España republicana, cuyos gobiernos le defraudaron como a tantos otros líderes de los partidos obreristas y centrales sindicales.

Al salir de la prisión se dedicó de lleno a recuperar el Sindicato que estaba en manos de burócratas. Con apoyo de más de un centenar de afiliados, convocó una asamblea donde se barrió la dirección anterior y lo eligieron presidente de la misma. En febrero de 1932 participó activamente en la Conferencia Regional del Partido Comunista donde lo eligieron delegado al IV Congreso, que se celebró en Sevilla.

Su labor de militancia en la comarca la convirtieron en un baluarte comunista, llegando a contar con más de 60 afiliados.

A mediados de marzo de 1932 Líster irrumpe en una reunión que celebraban en Ames los patronos y caciques de la comarca a fin de dividir al Sindicato. Lo reciben a tiros y a tiros replica. Cuando se retiran, quedan tendidos en el suelo seis hombres; uno de ellos muerto.

El PCE decide enviarlo a la Unión Soviética

Sus constantes enfrentamientos y persecuciones por parte de la Guardia Civil llevaron al Partido a tomar la decisión de conducirlo a la Unión Soviética para prepararlo políticamente. Desde septiembre de 1932 a septiembre de 1935 residió en el país de los bolcheviques. Trabajó en la construcción del metro moscovita como herrero, al mismo tiempo que estudió en la Escuela Leninista así como también en la Academia Militar Frunze, fundada en 1918 como Academia del Estado Mayor. En 1921 fue transformada en la Academia Militar del Ejército Rojo, nombrada en honor de Mijail Frunze, dirigente bolchevique durante la Revolución rusa y comandante militar soviético.

Su paso por la Unión Soviética fue decisivo en su formación comunista. Al regresar a España instruyó militarmente a las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MOAC). El Partido Comunista, a través de sus miembros organizados tenía contacto con cientos de soldados, cabos, sargentos, oficiales, a los que influían políticamente y en muchos casos se organizaban en comités que llevaban a cabo la lucha por la defensa de los derechos de los soldados contra los manejos de los mandos reaccionarios. Líster se dedicó a distribuir la publicación mensual *El Soldado Rojo* inundando los cuarteles.

Triunfo del Frente Popular y Alzamiento

El 16 de febrero de 1936 se produce el triunfo del Frente Popular. El 18 de julio de 1936 cuando se produce el alzamiento en Madrid, Líster se entera por un enlace que tiene en el cuartel de Wad Ras nº 1 de que sus mandos, con el coronel al frente, eran partidarios de la sublevación. Líster, se dirige a resolver la situación juntamente con Dolores Ibárruri *La Pasionaria* la cual habla a los soldados para que impidieran el levantamiento del Regimiento y defendiera a la República

Los soldados abrieron las puertas del cuartel a un buen grupo de milicianos que vigilaban expectantes en la puerta y formaron con ellos una columna que salió días después para la Sierra de Guadarrama al mando del capitán Benito y con Líster de comisario político.

Actuaciones en la Guerra Civil española

Con el Wad Ras nº. 1 sale Líster, el día 23 de julio de 1936, hacia el Alto de los Leones. Manda el grupo el capitán Benito Sánchez, muerto en un contraataque de los nacionales que termina en desastrosa retirada del grupo. Es el 25 de julio, día en que Líster manda por primera vez hombres armados en campaña. Demuestra su talento organizador, además de fuerza y coraje para arengar a los suyos, por lo que se le nombra teniente el 30 de julio, en Collado Villalba. Los primeros días de agosto es ascendido a capitán por Enrique Castro Delgado, comandante del recién creado Quinto Regimiento.

Por el éxito alcanzado en uno de los ataques, es causa de su ascenso a comandante, imponiéndole las insignias el general José Asensio Torrado.

Con sus dos Compañías de Acero, la 4ª. y la 6ª., a las que se había agregado una tercera, la 9ª., y otras fuerzas mayoritariamente comunistas, acude al frente de Talavera, donde el 6 de septiembre toma contacto con las tropas marroquíes y la Legión, siendo el

choque brutal, cediendo Lister y los suyos terreno, a pesar de la capacidad de resistencia de que hacen gala.

Lister se dirige hacia Toledo para acabar con la resistencia de los sitiados en el Alcázar, pero a pesar de estar minada la fortaleza y el nutrido tiroteo de los refuerzos de los batallones comunistas de Lister, los sitiados resisten heroicamente. El día 27 de septiembre de 1936 se avistan las tropas de Varela y los rojos evacuan Toledo.

Debido al apoyo del Partido, Lister no cae en desgracia ante este contratiempo, pero chocó con el general Asensio Torrado, cuyas órdenes no tardaría en desobedecer.

Noviembre de 1936, el mes más dramático para los madrileños, Asensio Torrado ordena a Lister que se retire a Tarancón, pero éste, después de consultar al Buró Político del Partido Comunista, se repliega hacia Madrid. La I Brigada pierde Villaverde y no puede contener al enemigo en el Cerro de los Ángeles. La moral de los defensores parece derrumbarse y se decide la evacuación de la capital.

Pero con la ayuda de las Brigadas Internacionales y la de las Mixtas, así como el material de guerra enviado de la URSS, Madrid resiste, taponando brechas y cubriendo el frente a lo largo del Manzanares.

En febrero de 1937, Lister combate en el Jarama al mando de la División C, una de cuyas Brigadas, la I, consigue tomar el Pingaron –una estratégica altura desde la que se domina el valle del río Jarama– aprovechando la noche del 18 al 19 de febrero, aunque lo volvió a perder días después.

En marzo de 1937, el Partido lo nombra miembro del Comité Central, en el pleno celebrado en Valencia. Dispone, en el terreno militar, de una nueva unidad, la 11ª División.

El mando frentepopulista crea el 11 de marzo de 1937 el 4º Cuerpo de Ejército. Lo manda el teniente coronel Enrique Jurado Barrio y lo componen tres Divisiones: la de Lister, la de Nino Nanetti y la del anarquista Cipriano Mera. Son las Divisiones 11ª., 12ª. y 14ª., respectivamente.

Los italianos se infiltran confiadamente, y Lister actúa desde Torija en un contraataque espectacular. En la tarde del 2 de marzo la 9ª. Brigada entra en Trijueque, mientras se libran los combates en el Palacio Ibarra, desalojado de los italianos nacionalistas por los garibaldinos, en lo que se ha llamado la pequeña guerra civil italiana. Las condiciones atmosféricas son francamente desfavorables a los italianos, que no pueden utilizar sus efectivos motorizados ni la aviación. La desbandada es escalofriante ante la ofensiva roja del día 18.

Lister con la 11ª. División participa en la batalla de Brunete, conquistándola el 6 de julio de 1937. Inexplicablemente permanece inactivo los días 8 al 11, dando lugar a que el enemigo concentre abundantes unidades de combate en los alrededores del pueblo recién conquistado. Tras combates encarnizados, el 27 de julio, Brunete es reconquistado por los nacionales.

En agosto de 1937 las unidades de Lister penetran en territorio enemigo después de romper la vanguardia, pero no profundizan. Los hombres de la 11ª. División conquistan Belchite, pero en vez de atacar Zaragoza, a catorce kilómetros de las vanguardias republicanas, permanecen estacionarias, dando tiempo a que el enemigo se rehaga. A finales de septiembre, y en vista de lo sucedido en Belchite, se proyecta la llamada “operación Zaragoza”. El Estado Mayor, con Vicente Rojo Lluch, Sebastián Pozas Perea, Antonio Cordón García y el ministro Indalecio Prieto, no renuncian a Zaragoza. Ideada por el general Vicente Rojo Lluch, montan una operación en la dirección Fuentes de Ebro-Mediana. Lister expone sus razones en contra y se niega a mandar las tropas. Mandó la operación Segismundo Casado López, y se saldó en un desastre.

Mediado el mes de diciembre de 1937, se inician las operaciones de Teruel. La 11ª. División, dependiente de XXII Cuerpo de Ejército al mando de Juan Ibarrola Orueta, cumple bien su cometido en la fase ofensiva. Teruel, defendida por el coronel Domingo Rey d'Harcourt, cae después de durísimos combates el 8 de enero de 1938. Líster es ascendido a teniente coronel. Dura poco la euforia en el campo frentepopulista, porque Teruel se pierde a manos de las tropas de Franco el 22 de febrero de 1938.

A principios de marzo de 1938 Líster se encuentra cerca de Sagunto. Tiene noticias de la ofensiva nacional en el frente de Aragón, llevando sus fuerzas a Alcañiz. Cuando el general Vicente Rojo le da la orden de atacar esta plaza, ha llegado tarde, porque ya está ocupada por el enemigo. Líster y su División se mantienen durante el mes de marzo en la línea Alcañiz-Torrevelilla.

Los acontecimientos se precipitan y Líster se encarga de la defensa de la carretera Gandesa-Tortosa. Ese mismo día, el 6 de abril de 1938 cae Lérida en poder de los nacionales. Cuando llegan a Vinaroz, el 15 de abril, se produce la reorganización de los efectivos rojos de la zona del Ebro. Juan Modesto queda al mando de la que, a partir de mediados de junio, será la Agrupación Autónoma del Ebro, formada por dos Cuerpos de Ejército, el XV, al mando de Manuel Tagüeña Lacorte, y el V, al mando de Enrique Líster Forján. A éste le corresponderá tres meses más tarde, la difícil misión de organizar la retirada, es decir, el traslado de todas las fuerzas a la otra orilla del Ebro, la derecha. Así lo hace, volando los puentes.

A lo largo de mayo y casi todo el verano de 1938, Líster organiza su Cuerpo de Ejército preparando a sus hombres para tratar de pasar el Ebro, a fin de distraer al Ejército nacional de Levante, dispuesto a conquistar Valencia. El 25 de julio, día de Santiago, en la madrugada inicia el V Cuerpo de Ejército el paso del río. Cercan Mora de Ebro, que cae al día siguiente. Ocupan Miravet, Benisanet y Pinell. Dominan las sierras de Pandols y Caballs. Ha empezado la batalla del Ebro, la más larga y sangrienta de toda la Guerra Civil.

Pronto se pasa a la defensiva y alguna Brigada mal dirigida, chaquetea o huye. Valentín González González *El Campesino*, es destituido fulminantemente por Juan Modesto, por abandonar la 46ª. División a su mando. El 14 de noviembre Modesto se repliega a la orilla izquierda. Mientras se hunde el XII Cuerpo de Ejército, el V, al mando de Líster, resiste y combate a lo largo de diez días desesperadamente para, al final, replegarse hacia Borjas Blancas, en cuya dirección había atacado. Líster con todo su Estado Mayor está a punto de ser cercado.

El 26 de enero de 1939 cae Barcelona y la moral de los frentepopulistas se derrumba. Se decide la defensa de Gerona, pero en la noche del 9 al 10 de febrero de 1939, Líster pasa la frontera francesa con sus últimos hombres. En Perpiñán se refugia en casa de un periodista belga. Al día siguiente se traslada a Toulouse desde donde sale en avión, el 14 de febrero, para aterrizar en Albacete. Se entrevista con Negrín y los altos cargos militares entre los que figura el coronel Segismundo Casado, predominando el desánimo y el derrotismo de ciertos elementos.

A principios de marzo Líster acude a Elda (Alicante), donde se ha refugiado el Gobierno en una finca de Petrel, a la que llaman *Posición Yuste*. Líster es ascendido, por decreto del presidente del Gobierno Juan Negrín, a coronel. Al mismo grado ascienden los comunistas Luis Barceló Jover, Mariano Bueno Ferrer, los hermanos Galán Rodríguez, Manuel Márquez Sánchez, Matilla y Núñez de Prado.

Juan Modesto Guilloto, Segismundo Casado López y Antonio Cordón García ascienden a generales.

El 6 de marzo se entera en Elda, de la sublevación de Casado. En la noche del 7 de marzo de 1939 tres aviones esperaban en el aeródromo de Monóvar (Alicante). Horas

antes, se había reunido el Comité Central del Partido Comunista de España en un hangar de dicho aeródromo. Quedaba claro que la decisión de abandonar la lucha estaba tomada desde antes de convocar la reunión y que, oídas las palabras de Palmiro Togliatti, a unos hombres cansados, desconcertados y que se sabían indefensos, sólo les quedaba asentir, con lo cual se consiguió la esperada unanimidad. Uno de estos hombres abatidos era el jefe del V Cuerpo de ejército, Enrique Líster. A las tres y media de la madrugada del 7 de marzo de 1939 salió en un bimotor Douglas de la LAPE (Líneas Aéreas Postales Españolas) rumbo a Toulouse, primera etapa de su exilio.

Enrique Líster y su V Regimiento

En la Guerra Civil fue un firme partidario del mando único y de la disciplina en sus filas, acorde con la línea seguida por el Quinto Regimiento y el Partido Comunista. Esta línea sería posteriormente adoptada por el Gobierno republicano en la formación del Ejército Popular Republicano (EPR). Frente a ella se encontraba la teoría anarquista de que no debía existir mando alguno en las fuerzas milicianas, llevadas al combate por la propia ansia de libertad del ser humano.

En esa línea, Líster no dudó en varias ocasiones, pistola en mano, en cortar las desordenadas retiradas de las tropas a su mando, reintegrándolas a las líneas del frente, lo que le granjeó su merecida fama de mando implacable. Por el contrario Líster siempre presumió de “agasajar” a sus hombres con lo mejor de lo que se disponía en cada momento, con una taza de café o de coñac en la trinchera, con un buen servicio de correos, con ropa limpia o con bibliotecas, escuelas o servicios de alfabetización en sus unidades. De hecho la acción social del Quinto Regimiento en el frente fue muy relevante.

El V Regimiento se convirtió en la esperanza de toda la República. Los más destacados escritores llegaban para darles ánimos, los poetas le dedicaban sus más combativos versos. Por el frente de batalla recitando sus poemas se podía ver a León Felipe, a Rafael Alberti, a Miguel Hernández, a María Teresa León, a Altolaguirre, a Serrano Plaja, etc. El poeta Miguel Hernández relata la batalla de Teruel:

*“Líster, la Vida, la cantera, el frío:
Tú, la vida, tus fuerzas como llamas,
Teruel como el cadáver sobre el río...”*

Mientras tanto otro poeta del pueblo de la España Republicana, Antonio Machado, le dedicó una poesía que dice:

A LÍSTER

Jefe en los ejércitos del Ebro.

Tu carta –oh noble corazón en vela,
español indomable, puño fuerte–,
tu carta, heroico Líster, me consuela
de ésta, que pesa en mí, carne de muerte.

Fragores en tu carta me han llegado
de lucha santa sobre el campo ibero;
también mi corazón ha despertado
entre olores de pólvora romero.

Donde anuncia marina caracola
que llega el Ebro, y en la peña fría
donde brota esa rúbrica española,
de monte a mar, esta palabra mía:
“Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría.

Junio de 1938

Antonio Machado tuvo un gran compromiso militante con la República. Durante su enfermedad envió una carta de aliento al V Regimiento, la cual remató diciendo:

“Salud obreros y soldados, combatientes en las filas del V Cuerpo de nuestro gran Ejército de la Victoria. Espero que nada pueda arrebatarnos el triunfo: estoy seguro de que nadie puede privarnos de la gloria de merecerlo”.

Los asesinatos de Enrique Lister

El autor del libro *“El chantaje de la izquierda. Las falsedades de la Guerra Civil española”* (Madrid, 2004), Ángel Manuel González Fernández, escribe:

“Cuando calificué de asesino al comunista Enrique Lister, comandante de la XI División del Frente Popular algunos se indignaron y se indignan ante esa afirmación; pero fue el mismo Lister quien hasta el último día de su vida se ufanó y justificó sus asesinatos como la cosa más normal del mundo.

Lo primero que hay que recordar es que Lister tenía su cuartel general en Madrid en la calle Lista números 25 y 29, y su checa Lista 29, en donde se interrogó, torturó y se llevó a cabo más de 70 asesinatos registrados por la *Causa General* (Causa General, Madrid, 1943, pág. 86).

Entre los muchos asesinatos de Lister están los ocurridos el 19 de mayo de 1937 en Mora de Toledo, cuando asumiendo el mando sin orden de sus superiores se tomó la justicia por su mano.

Los anarquistas le acusarían de asesinar a “más de sesenta trabajadores” (CNT, 29 de mayo de 1937, pág. 4); pero sólo se conoce con nombres y apellidos el de 21 personas asesinadas por motivos políticos y religiosos, y también la ejecución de unos milicianos cuyo número se desconoce.

Dice Lister: “El 19 llegamos a Mora de vuelta del frente y acantonamos las fuerzas en los alrededores, controlando así las salidas o entradas en el pueblo”, y después publicó “un Bando por el que se ordenaba a todos los militares presentarse en la Comandancia en un plazo de varias horas. Una parte se presentó y fueron enviados a sus unidades en primera línea, otros por el contrario, intentaron escapar (...) pero todos ellos fueron detenidos” (Enrique Lister. *“Nuestra guerra”*. París, 1966, pág. 126). Esos milicianos que intentaron escapar junto con otros detenidos pertenecían a la XLVI Brigada Mixta y se cree que fueron ejecutados. También ordenó el asesinato de 20 personas, y el día 25 antes de su partida fusiló al ex comunista y militante anarquista Francisco González Moreno.

“Pasaremos”, órgano de la 11ª división. Núm. 28 de 5 de junio de 1937, hace una relación de los 21 asesinados a los que denomina “desaparecidos”, y del anarquista Francisco González Moreno, otro “desaparecido”, afirma que era un “chulo y matón, dicho elemento le detuvieron en el pueblo unos milicianos que se desconoce a qué Brigada pertenecían, y desde entonces se ignora su paradero, 29 de mayo de 1937”.

De entre esos 21 “desaparecidos” que Lister ordenó asesinar y cuyos delitos según él “eran numerosos, graves, y en algunos casos monstruosos” (*“Nuestra lucha”*, pág. 126), figuraban cinco mujeres, las hermanas María de los Dolores y María del

Carmen Cano Sobreroca, “propagandistas descaradas y activas de Acción Católica”, así sentenciaba “*Pasaremos*” (5-6-1937). Otras tres hermanas más, Cándida, Carmen y Edmunda López-Romero Gómez del Pulgar, y que según “*Pasaremos*” (5-6-1937), estaban “afiliadas a Acción Católica y Acción Popular. Eran las tres las cabezas dirigentes de la reacción”. En realidad Cándida no era de Acción Católica sino monja teresiana, que se hizo pasar por su hermana casada que tenía hijos pequeños.

De esas mujeres asesinadas Antonio Montero Moreno escribe lo siguiente: “*Posteriormente, entrando ya el año 40, pudo averiguarse que todos ellos habían sido asesinados en las inmediaciones de la fábrica de harinas y sepultados en una zanja abierta al efecto en pleno campo. Lo más grave del caso es que, según acredita la exhumación de los cadáveres, las víctimas sufrieron horribles mutilaciones, probablemente antes de morir. En los restos de la madre Cándida apreciaron sus familiares que tenía el cráneo hundido, posiblemente por un golpe de hacha; la mano derecha separada del brazo y cortado uno de los pies*”.

Y más adelante añade Antonio Montero Moreno: “*En aquel grupo figuraban, asimismo, las hermanas Dolores y María del Carmen Cano Sobreroca, dos jóvenes de Acción Católica, que dejaron tras sí un ejemplarísimo historial apostólico. También sobre sus cadáveres se han apreciado amputaciones de la mano derecha y señales de haber sido muertas a puñaladas*” (“*Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939*”. Madrid, 1961, págs. 524 y 525).

Preguntado en una entrevista en el año 1977, Enrique Líster respondió sobre aquellos asesinatos: “*Luego me acusaron de que yo había fusilado y tal y cual; y yo he respondido que sí, que yo he fusilado, y que estoy dispuesto a hacerlo cuantas veces haga falta. Porque yo no hago la guerra para proteger a bandidos ni para explotar a los campesinos; yo hago la guerra para que el pueblo tenga la libertad*”. (“*Triunfo*”, 19 de noviembre de 1977, pág. 41. *Enrique Líster: las trincheras de la guerra*).

El italiano de las Brigadas Internacionales Carlo Penchienati, que fue comandante de la Brigada Garibaldi y que acompañó a las tropas del Frente Popular en su retirada a la frontera francesa, acusó a Enrique Líster del asesinato de 24 personas del hospital militar de Bañolas. El hecho ocurrió en la madrugada del 7 de febrero de 1939, cuando Líster, en retirada con sus tropas y heridos, ordenó la evacuación del hospital de Bañolas, obligando al personal sanitario a acompañarles, y nada más pasar Figueras, en Vilasacra fueron asesinados. De esos 24 asesinados tres eran enfermeras, y una de ellas era Gerti de Gimeno ciudadana austriaca y esposa del director del hospital, asesinada por el ayudante de Líster. (Carlo Penchienati. “*I giustiziati accusano. Brigate Internazionali in Spagna*”. (Roma, 1965, págs. 173 y 174).

Además de este hecho también se ha constatado que en su retirada hacia la frontera francesa, las tropas de Líster muy probablemente habían cometido asesinatos en poblaciones como “*Vallès, Terrassa, Palau de Plegamans, les Franqueses, Cardedeu, Arbúcies, etc*”. (Josep M. Solè i Sabatè. Joan Villarroja i Font. “*La repressió a la reraguarda de Catalunya*”. Barcelona, 1989, vol. I, págs. 323, 330 a 332).

El periodista y comunicador Julián Lago siempre fue una persona muy singular, y creo recordar que fue a finales de los 80 o principios de los 90 cuando relató en televisión una anécdota sobre Enrique Líster, y que al final terminaba diciendo de él: “*Esa era la catadura moral del personaje*”. La anécdota la recogió en el libro que escribió un año antes de morir, y es como sigue:

«A Julián Lago le pareció una buena idea reunir en una comida a dos personajes de la Guerra Civil, al general Prieto por parte de los nacionales y a Líster por el Frente Popular. Durante la comida Líster quiso ser gracioso y contó lo siguiente:

“Un día unos milicianos se acercaron para decirme: “Camarada comandante, hay entre nosotros un sacerdote que quiere decirnos misa”. A lo que yo contesté a los milicianos: “Pues que la diga”.

–¿Y lo autorizaste, general? –Prieto de vez en cuando daba tratamiento de general a Lister–, quien en aquel momento disfrutaba de una fabada que había pedido y cuyo caldo dibujaba de pimentón las comisuras de sus reventones labios.

–Claro, claro, autoricé al curilla aquel a que dijera misa.

–Y luego le mandaste fusilar.

–Por supuesto.

Se produjo entonces un cruce de miradas que hablaban sin hablar entre el general Prieto y el payaso y en medio del ruido de fondo del trasiego del mesón de Fuencarral se hizo un silencio, roto de nuevo por Lister.

–¿Cómo iba yo a tolerar que en el Quinto Regimiento hubiera un cura que nos dijera misa?”. (Julián Lago. *Un hombre solo*. Barcelona, 2008, pág. 129)».

Entrevista con Enrique Lister por Sheelagh Ellwood para *Historia 16*

De esta entrevista recogemos las preguntas sobre la organización y utilización de las fuerzas republicanas que el periodista Sheelagh Ellwood formuló a Enrique Lister:

–¿Por qué no se frenó el avance de los rebeldes sobre Madrid?

–Porque en ese momento, frente a unas fuerzas organizadas del enemigo, mandadas por sus mandos naturales, no había unas fuerzas armadas por nuestra parte. Había los batallones de milicias, las columnas, pero no una fuerza militar organizada. Porque la fuerza militar en nuestra zona, el Ejército Popular, comenzó a organizarse y a crearse oficialmente a partir del 10 de octubre, cuando era ya jefe del Gobierno y ministro de la Guerra Largo Caballero.

El decreto creando las seis primeras brigadas del Ejército Popular de la República es del 10 de octubre de 1936. Yo fui designado para organizar la I Brigada Mixta de ese Ejército Popular, que organicé con cuatro batallones del Quinto Regimiento. Otros jefes fueron encargados de las otras cinco brigadas.

–Antes de esa fecha, ¿cómo se decidía la organización y posterior utilización de las fuerzas republicanas?

–Había, en el Ministerio de la Guerra, un cierto Estado Mayor porque hubo siempre un ministro de la Guerra. Hubo, al mismo tiempo, un Estado Mayor de Milicias. Había una doble dirección, un doble mando, en todo ese período.

–¿Eso no conducía a la confusión cuando había que organizar y tomar decisiones?

–Sí, a tremenda confusión. Había quien obedecía las órdenes y quien no las obedecía. Quien esperaba a que su partido o su organización se la confirmara. Había no sólo un doble mando, sino triple o cuádruple, desde el momento en que sobre columnas y batallones mandaban formalmente los jefes militares, pero también los partidos, los sindicatos... Hubo todos esos meses de confusionismo, y de eso se aprovechó el enemigo para avanzar y llegar a Madrid.

–¿Cómo vivió usted esos meses?

–Me fui a la Sierra de Guadarrama con una columna. Luego marché a Talavera, al frente, con tres compañías de Acero. Después, el 19 de septiembre de 1936, cogí, como comandante en jefe, el mando del Quinto Regimiento.

–¿Cómo organizó esa primera columna?

–En el cuartel de Infantería Wad-Ras número 1 organizamos una columna con soldados y milicianos, y con ella marchamos a Guadarrama el 22 de julio. Luego quedó rota: el jefe que la mandaba murió. Yo era el comisario político y pasé a mandarla.

–¿Le destinaron a organizar la columna o lo hizo por iniciativa propia?

–No, yo fui como responsable del trabajo antimilitarista. Fui inmediatamente a los cuarteles donde había lucha. Por ejemplo, estuve en el Cuartel de la Montaña organizando el asalto. Allí teníamos dos células, porque había dos regimientos, uno de Infantería y otro de Ingenieros. Después estuve en el asalto al cuartel de Campamento. Más tarde recibí información de que en el cuartel número 1 las cosas no estaban claras. Efectivamente, no lo estaban. Fui al cuartel, organicé la columna y marchamos a la sierra.

–¿No le ofrecieron oposición los militares que estaban en el cuartel?

–Dentro del cuartel estaba el coronel jefe del Regimiento con varios oficiales. Eran partidarios de la sublevación, pero no se atrevían a hacerlo. En otra habitación estaban otros mandos y suboficiales opuestos a la sublevación. Y por el cuartel, sueltos y sin mando, los soldados.

Al ver la situación, envié dos enlaces al comité del partido, en Vallecas, para que mandaran el máximo de camaradas. Avisé a la dirección del partido, y la dirección mandó a Dolores Ibárruri. Yo mismo pedí que viniese Dolores para hablar a los soldados. Reuní a los soldados en un gran comedor y Dolores les habló. Mientras tanto, hice detener al coronel y a los oficiales. Ya quedábamos dueños del Regimiento los republicanos. Di el mando a los oficiales y con eso organizamos la columna de soldados y milicianos para ir a la sierra a hacer la guerra como se hacía en aquel período.

Se iba así. Se organizaban las columnas. Los más audaces o de más prestigio cogían el mando, los soldados los elegían. A mí, por ejemplo, me eligieron teniente en una asamblea de mandos. Unas columnas se sostenían y otras se deshacían al chocar con el enemigo. En el primer período de la guerra estaban los que combatían de día y luego por la noche cogían los coches y volvían a Madrid. En Madrid estaban abiertas las tabernas, las casas de putas. Al día siguiente, unos se iban otra vez al frente y otros se quedaban en Madrid.

–¿Eso significa que no se tomaba en serio la guerra?

–No había una organización militar, había el caos. Había la conciencia y la disciplina de partido de cada uno. Por ejemplo, cuando estaba yo en el Alto de los Leones, bajé a Guadarrama al Estado Mayor que mandaba el general Riquelme. Había allí sesenta o setenta jóvenes que querían linchar al general. Había llegado de Madrid y desde el Alto de los Leones el enemigo vio los camiones y tiró un par de *pepinazos*. Por eso se acusaba del traidor al general.

Entonces me puse a su lado y dije: *¿Yo también soy fascista? Yo soy comunista*. Allí había jóvenes comunistas, y aunque no me conocía nadie –entre otras cosas porque mi trabajo en Madrid había sido totalmente clandestino–, pude hacerme con la situación. Pero igual te daban el paseo, ¿sabes? En ese primer período de la guerra todo saltó hecho pedazos. Todo. Por ejemplo, lo de Toledo, allí alrededor del Alcázar, fue la mayor vergüenza, todos allí tumbados al sol y Moscardó dentro, haciendo el héroe de pacotilla. Fue una de las mayores comedias que hubo.

–¿Por qué ese carácter mítico del Quinto Regimiento?

–Yo no era con nadie un hombre fácil. Al Quinto Regimiento, a la I Brigada y a la XI División les di mi carácter, y así, en las grandes batallas con éxito, el artífice fue la XI División. Ahí están el Jarama, Guadalajara, el tan discutido Brunete, Teruel, el Ebro...

Yo he sentido siempre un profundo respeto por la dignidad de la persona. Para mí, respetar la dignidad de los soldados, de los combatientes y defenderlos era una ley, una norma. Se han dicho verdaderas estupideces de que si yo era muy duro con los soldados, de que si yo fusilaba, pero nadie es capaz de dar un solo hecho de

fusilamiento, de injusticia cometida por mí con los soldados. En cambio, yo puedo dar, sí, fusilamientos de jefes que he hecho. Sí, de jefes. Y más de una vez por no cumplir con su deber de mando.

Líster cuestiona a Carrillo.

Críticas de Líster sobre el final de la Guerra Civil.

En el libro de Líster, *“Así destruyó Carrillo al PCE”*, el capítulo titulado *“Discusiones en Moscú, 1939”* es de sumo interés por cuanto muestra grandes críticas hacia Santiago Carrillo y una serie de consideraciones sobre la derrota sufrida en la Guerra Civil española. Dice así:

«Yo llegué a Moscú el 14 de abril de 1939. En la estación me esperaba el camarada Manuilski, miembro del Secretariado de la Internacional Comunista. Nos llevó a Carmen, a la niña y a mí a su dacha en Kúntsevo, cerca de Moscú, donde habíamos de residir hasta septiembre, en que yo ingresé en la Academia Militar.

El camarada Manuilski esperaba mi llegada para ir los dos al sanatorio de Barbija, donde estaban en tratamiento Jorge Dimitrov y José Díaz, y para donde salimos después de dejar a Carmen y a la niña en la dacha. Llegamos al sanatorio a las once de la mañana y partimos a las ocho de la noche porque los médicos ya nos echaron. Durante nueve horas estuve bajo el fuego de las preguntas de los tres.

Me impresionó el amplio y profundo conocimiento que los camaradas Dimitrov y Manuilski tenían de todo el problema español y el humanismo que se desprendía de todas sus preocupaciones en cuanto a la trágica situación en que se encontraba el pueblo español después de la derrota y de los españoles reclusos en los campos de concentración en Francia y África.

De vez en cuando, según yo iba hablando, Dimitrov o Manuilski tomaban el teléfono para dar las instrucciones que debían ser comunicadas a París, en relación con la situación de diferentes camaradas, pero el tema central de las preguntas era el político. ¿Qué había pasado en el último período de la guerra, y sobre todo en la zona centro-sur? ¿Cuál había sido la actitud de los órganos dirigentes del Partido y de sus diferentes miembros? ¿Cuál había sido la conducta de Togliatti y de los demás delegados de la IC?

Fui reservado en mis respuestas y me callé cosas y opiniones que más tarde dije en las reuniones de la dirección del Partido presididas por José Díaz. Me parecía que eso era lo correcto, y José Díaz fue el primero en apreciarlo así.

En el resto de abril y primeros días de mayo fueron llegando diferentes miembros de la dirección del Partido: Dolores Ibárruri, Jesús Hernández y su mujer, Juan Camarera y la suya, Pedro Checa y la suya, Togliatti y la suya, Vicente Uribe y Modesto. Todos ellos se fueron alojando en la dacha de Manuilski. José Díaz salió de la clínica y también vino a alojarse allí con su mujer y su hija. Llegó asimismo a Moscú Santiago Carrillo, con su mujer y su hija, mas con gran sorpresa para mí no lo trajeron a la dacha ni lo llevaron al hotel Lux, donde estaban Enrique Castro y otros miembros del CC, sino que lo metieron en el hotel Nacional, y ello a pesar de ser miembro suplente del Buró Político, mientras que Camarera, Modesto y yo sólo lo éramos del CC. Pero ésta no sería mi única sorpresa en relación con Carrillo.

Discusiones en Moscú

Hacia últimos de mayo dimos comienzo en la dacha a un examen de nuestra guerra y sobre todo del final de la misma. Participábamos en ese examen, bajo la presidencia de José Díaz, secretario general del Partido, los miembros del BP Dolores Ibárruri, Vicente Uribe, Jesús Hernández y Pedro Checa, y los miembros del CC Juan

Camarera, Juan Modesto y yo. Participaba asimismo Palmiro Togliatti, que había sido hasta el último momento delegado principal de la IC ante nuestro Partido. Segunda sorpresa para mí: la no participación de Carrillo, siendo miembro del BP y estando en Moscú desde mediados de mayo.

En el libro *Mañana España* recurre Carrillo a inventar fechas para querer demostrar que él no estaba en Moscú cuando esas discusiones tuvieron lugar.

Carrillo llegó a Moscú, junto con su mujer e hija, en mayo de 1939, y no el 26 de diciembre como él afirma. De Moscú sale para América junto con su mujer e hija y Juan Camarera. El viaje lo hicieron a través del Japón. Toda esa estancia en Francia y Bélgica es falsa. Carrillo mezcla unas fechas e inventa otras según le convienen. Falso también su residencia en el hotel Lux. Vivió en el hotel Nacional. Falso lo de su trabajo como secretario de la Internacional Juvenil Comunista y lo de sus reuniones con el secretariado del Komintern. Y falso, asimismo, que la misión que él llevaba para América tuviese nada que ver con la organización de la juventud. La misión era otra.

Con todas esas falsedades Carrillo quiere ocultar la verdad de que vivió en Moscú como apestado, sin participar en las discusiones políticas que allí hubo ni en ninguna actividad dirigente.

Debo decir que yo casi no conocía personalmente a Carrillo. Le había visto dos o tres veces durante la guerra, ninguna de ellas en el frente; y un día en el parque Máximo Gorki de Moscú nos encontramos por casualidad al estar yo paseando con mi mujer y nuestra hija y él también con su mujer y su hija.

En mis conversaciones con Uribe en 1961, a las que me referiré más adelante, éste me dijo que Togliatti y José Díaz se habían opuesto a que Carrillo fuese a vivir a casa de Manuiski, donde vivíamos los demás, y que participase en nuestras reuniones.

Esta oposición se debía a que, lo mismo en el Secretariado de la Internacional Comunista que en el Buró Político de nuestro Partido, existía un estado de ánimo de repulsión hacia él, no sólo por su pasado trotskista, sino porque había cosas sucias en su conducta. Había no sólo la indecente carta a su padre, sino también el haber sacado de la cárcel de Madrid, cuando era jefe de policía, a un tío suyo falangista y haberle hecho pasar al campo enemigo.

Había la traición a Largo Caballero, gracias al cual Carrillo había llegado a la Secretaría General de las Juventudes Socialistas, y había las persecuciones contra sus propios compañeros de dirección de la juventud socialista que no se sometieron a él incondicionalmente al realizarse la unificación de las Juventudes Comunistas y Socialistas, creándose las Juventudes Socialistas Unificadas.

Otra cosa sobre la que había –y sigue habiendo y un día se llegará a aclarar– graves sospechas es su papel en la muerte de Trifón Medrano, desaparecido el cual, Carrillo quedaba como dirigente absoluto de las Juventudes Socialistas Unificadas. De esto algo dijo Indalecio Prieto y, una vez que surgió en una conversación del CE del Partido, Carrillo se puso furioso y paró toda posible discusión.

Al revés de lo que hacían Carrillo y otros miembros de la dirección de las JSU en aquella época y actualmente miembros del CE del Partido de Carrillo, de emboscarse en la retaguardia, Medrano empuñó el fusil desde el primer día de la sublevación, conquistando en los combates de Madrid, de la Sierra y de Talavera sus galones de comandante y aumentando su prestigio de auténtico dirigente de la juventud española.

En tal caso, José Díaz no sólo se negó a que Carrillo participase en las discusiones a las que vengo refiriéndome, sino que ni siquiera quiso hablar con él.

Cuando llevábamos unas tres semanas discutiendo entre nosotros, dio comienzo una discusión paralela con el Secretariado de la IC en la que participaba todo nuestro grupo. Esas discusiones que duraron unos dos meses no fueron nada fáciles con el

Secretariado de la Internacional Comunista, pero sobre todo entre nosotros. En las discusiones con el Secretariado de la IC estábamos todo el grupo, pero los que tomaron una mayor participación fueron José Díaz, Vicente Uribe y Jesús Hernández.

Las discusiones entre nosotros, repito, no sólo no fueron nada fáciles, sino que en diferentes momentos adquirieron una gran violencia, sobre todo al tratarse el último período de la guerra en Cataluña y en la zona centro-sur. José Díaz exigió una y otra vez una explicación de por qué no se habían cumplido las decisiones tomadas antes de su salida para la Unión Soviética –a donde se marchó muy enfermo– de que el BP del Partido y la dirección de las JSU se trasladaran a Madrid y a Valencia, quedándose en Cataluña Uribe con su doble carácter de miembro del BP y de ministro del Gobierno. Insistía José Díaz, y con razón, en que durante la batalla del Ebro había quedado clara la conducta capituladora de toda una serie de altos mandos y de dirigentes políticos en la zona centro-sur. Sostenía José Díaz, y también con toda razón, que una de las enseñanzas de la batalla del Ebro era que el ejército de la zona catalana no podría resistir solo todo el peso del ejército enemigo; por eso era necesario mover a los ejércitos de la zona centro-sur para obligar al enemigo a dividir sus propias fuerzas.

En el libro *Alerta a los pueblos* el general Rojo escribe: «*La batalla de Cataluña comenzamos a perderla al suspenderse la operación sobre Motril. Hubiera bastado ese ataque, en relación con las subsiguientes maniobras de Extremadura y Madrid, para desarticular el plan adversario o, cuando menos, si Franco sacaba tropas de Cataluña, para ganar algún tiempo más del que nos concedió el temporal de lluvias y lograr que el ansiado armamento hubiera llegado oportunamente para ser útil en Cataluña y en la región central.*»

¿Dónde estaban, mientras esto sucedía, los miembros más destacados de la dirección del Partido y de las JSU? En su casi totalidad, en Cataluña y con los coches enfilados hacia la frontera.

Pero, además, ¿qué influencia beneficiosa tuvo para la defensa de Cataluña y de Barcelona concretamente la presencia allí de esos dirigentes del Partido y de las JSU? ¡Ninguna! Ni se les vio ni se les sintió. Yo vi a alguno de ellos, entre los cuales a Carrillo y Antón, una semana antes de la pérdida de Cataluña, pero no en mi puesto de mando sino cerca de Figueras cuando la línea de fuego pasaba por delante de Gerona, es decir, a cerca de cuarenta kilómetros.

Fue, asimismo, duramente criticada por José Díaz la actitud y conducta de los miembros del BP Dolores y Delicado, que estaban en la zona centro-sur.

En esas reuniones expuse mis opiniones en forma crítica y autocrítica sobre diferentes cuestiones y aspectos del desarrollo de nuestra guerra y de nuestra actitud en ella.

En mis diferentes intervenciones abundé en las mismas cuestiones que tanto preocupaban al secretario general y me referí a otras que él no había tocado. Sostuve que si los miembros del BP –Carrillo, Mije, Giorla y Antón– se habían quedado en Francia después de la pérdida de Cataluña, se debía a que ellos daban la guerra por terminada al perderse esa región. Dije que esto mismo de dar la guerra por terminada después de la pérdida de Cataluña también les había pasado a Dolores y Delicado, y que sólo así se podía explicar el que se encerraran en Elda –cerca de Alicante– y que nos dieran la orden al grupo de militares que habíamos llegado de Francia de que nos encerráramos también allí, lejos de los frentes donde estaban las fuerzas militares y de los grandes centros industriales donde estaban las masas obreras y, sobre todo, lejos de Madrid, que había sido la gran fortaleza del Partido y que en esos momentos era el centro de la conspiración contra el Gobierno, contra el Frente Popular y la República. Dije que jamás podría olvidar la penosa impresión que recibí la mañana del 6 de marzo

cuando al llegar a Elda, procedente de Cartagena –donde la sublevación fascista había sido aplastada–, y unas horas después de haberse sublevado ya Casado, me encontré con Dolores, Delicado y otros dirigentes del Partido, no estudiando la respuesta que se podía dar a los traidores de la junta casadista, sino preparando la toma del avión para el extranjero.

Hizo José Díaz una crítica en la que trató de cobardes a los miembros del BP y de la dirección de las JSU que después de la pérdida de Cataluña, se quedaron en Francia en vez de ir a la zona centro-sur donde estaba la parte fundamental de nuestros militantes. Entre esos dirigentes estaban, precisamente, Santiago Carrillo, secretario general de las JSU, la inmensa mayoría de cuyos militantes se encontraban en la zona centro-sur; Mije, dirigente andaluz; Antón y Giorla, miembros del Comité Provincial de Madrid; los cuatro, miembros del BP en esa época y todos dirigentes del Partido de Carrillo hasta hoy unos y hasta su muerte otros. En el avión en que salí de Toulouse para la zona centro-sur la noche del 13 al 14 de febrero de 1939, es decir, tres días después de haber salido de Cataluña, íbamos trece pasajeros a pesar de que el avión tenía 33 plazas. Es decir que veinte iban vacías.

En el libro *Mañana España* Carrillo dice: «Yo había salido de España con el Ejército Republicano de Cataluña. Yo quise regresar a la zona centro-sur para participar en el combate al lado de mis camaradas del Partido y de la Juventud. Pero el Partido retrasó mi marcha y, desgraciadamente, la lucha se terminó.»

Pero tres páginas más adelante afirma: «Salgo de España con el ejército después de un mes duro. Estoy atacado por la sarna que estaba muy extendida en esta época, en la que no había posibilidad de mudarse de ropa durante meses enteros. Yo me fui a París.»

Ya en 1959, en el folleto *¿Adónde va el Partido Socialista?*, escribía Carrillo: «Vino marzo de 1939 y el golpe de Casado en Madrid. Los comunistas y los jóvenes socialistas unificados de Madrid lucharon con armas en las manos contra la Junta de Casado, en defensa del gobierno legítimo de la República que presidía un socialista, Negrín. Yo no pude participar personalmente en esa lucha, como otros de mis camaradas, porque el último período de la guerra me cogió en Cataluña, siéndome materialmente imposible regresar a la zona centro-sur.»

Como puede verse, Carrillo da diferentes versiones y busca diferentes causas a su no ida a la zona centro-sur: la falta de medios, el Partido, la sarna; todo ello para ocultar la verdadera causa: su cobardía.

La Junta de Casado dio el golpe el 5 de marzo, Carrillo pasó de Cataluña a Francia el 8 de febrero; es decir, que tuvo casi un mes para decidirse a volver, pero al final prefirió París a Madrid.

La cuestión es que esos miembros del Buró Político y de la Comisión Ejecutiva de las JSU hacían lo mismo que otros políticos y ciertos jefes militares: daban la guerra por terminada y perdida al encontrarse en Francia después de la pérdida de Cataluña.

¿Después de la pérdida de Cataluña era posible continuar la guerra en la zona centro-sur? Sin duda de ninguna clase era posible, y así lo sostuve en las discusiones de Moscú en 1939. Esta misma opinión, defendida por mí veinte años más tarde en la Comisión de Historia de la Guerra, fue uno de los motivos de discrepancia entre Carrillo y yo, y de mi salida de la comisión.

Mientras Carrillo sostenía que con la pérdida de Cataluña la guerra estaba perdida y que se debía dar por terminada y, por tanto, ya nada se podía hacer en la zona centro-sur, yo sostenía, y sostengo, lo contrario.

Dolores Ibárruri dijo ante el VI Congreso del Partido: «Unos meses más de resistencia y la guerra hubiera podido ser ganada, porque las fuerzas interesadas en

comenzar la segunda guerra mundial no podían mantener la tensión a que tenían sometidos a sus pueblos. Cinco meses después de aplastada la resistencia republicana, Hitler comenzaba la segunda guerra mundial.»

Yo, por mi parte, no quiero entrar en especulaciones acerca de si Hitler habría comenzado o no la guerra en la fecha que empezó si la guerra de España no se hubiese terminado. Lo que he sostenido, y sostengo –aunque Carrillo me lo hizo quitar de un artículo sobre la batalla del Ebro y luego hizo todo lo que pudo para que no se tratase de ello en mi libro *Nuestra guerra*–, es que con los medios y el territorio que nos quedaba en la zona centro-sur había la posibilidad –aun en el peor de los casos y aceptando la idea de que la guerra la perdíamos, idea con la que no estoy de acuerdo– de resistir siete u ocho meses.

Dos meses necesitó el enemigo para conquistar las cuatro provincias catalanas, volcando todas sus fuerzas disponibles (más de 600.000 hombres) contra un ejército de 200.000 combatientes agotados por la larga batalla del Ebro, mal armados y sin reserva alguna. Mientras tanto, en la zona centro-sur contábamos con un ejército de cerca de un millón de hombres, la mayor parte encuadrados ya en unidades militares y con experiencia combativa. Cuatro ejércitos: Centro, Extremadura, Andalucía y Levante; 16 cuerpos de ejército, 52 divisiones con 141 brigadas. Dos brigadas de Caballería; 27 batallones de Ingenieros; unos 280 tanques y blindados; 400 piezas de artillería. Había, además, 21 grupos de Guardias de Asalto. La aviación contaba con unos 100 aparatos de diferentes tipos. La escuadra era mucho más numerosa que la del enemigo y estaba formada por 3 cruceros, 13 destructores, 7 submarinos, 5 torpederos, 2 cañoneros y toda una serie de barcos auxiliares.

Se podía contar, además, con 200.000 a 300.000 hombres más, parte de los cuales estaban ya en campamentos de entrenamiento. Y creo, por último, que no es exagerado pensar que una parte, por lo menos, de los combatientes y de los mandos que habían pasado a Francia regresara a la zona centro-sur.

Se puede argumentar, y se argumenta, que la correlación de fuerzas y de medios en su conjunto nos era desfavorable, lo que es cierto. Pero si la comparamos con Cataluña, esa correlación de fuerzas y de medios nos era mucho más favorable en la zona centro-sur que en la zona catalana, como hemos podido ver más arriba.

En cuanto a territorio, la zona centro-sur comprendía unas diez provincias, la mayor parte completas y algunas otras divididas por las líneas del frente, con un total de 120.000 km² y nueve millones de habitantes. Con ciudades como Madrid, Valencia, Alicante, Albacete, Murcia, Almería, Jaén, Cuenca, Guadalajara y Ciudad Real. Tenía la zona más de 700 km. de costa con un respetable número de puertos, entre ellos los importantes de Valencia, Alicante, Almería y el de Cartagena con su base naval.

En relación con el abastecimiento, aparte del aprovisionamiento que se podía seguir recibiendo por mar –no se debe olvidar que contábamos con una Marina de guerra muy superior a la del enemigo para defender nuestras comunicaciones marítimas, sobre todo si se estaba dispuesto a jugarse el todo por el todo y obligar a la flota a que diera la cara–, estaban en nuestro poder zonas de gran riqueza agrícola como las de Valencia, Alicante, Murcia, Ciudad Real y Jaén.

Había, pues, territorios y medios para, en el peor de los casos, continuar la guerra seis u ocho meses más. La segunda guerra mundial comenzó tan sólo cinco meses después de terminada la contienda de España. Claro que se puede pensar, como digo anteriormente, que de no haber terminado la guerra de España, Hitler no se hubiera lanzado a un conflicto armado global y hubiese esperado un poco. Es posible que sí, pero tampoco está descontado lo contrario.

Pero vamos a aceptar lo peor para nosotros, es decir, que la guerra hubiese terminado con nuestra derrota total seis u ocho meses más tarde. De haberla terminado dignamente, en la unidad, como en Cataluña, los resultados hubiesen sido muy diferentes para toda nuestra lucha posterior, pues las consecuencias de la ruptura del Frente Popular, a tiros, están ahí: todavía la unidad entre las fuerzas de izquierda no ha sido rehecha.

El argumento principal de los sublevados casadistas era que querían conseguir una paz honrosa y evitar víctimas inútiles a las fuerzas republicanas; los resultados también están ahí, a la vista de todos: cientos de miles de fusilados. Creo que no puede haber duda de que, de haber combatido, las bajas republicanas hubiesen sido mucho menores que las que hubo sin combate y que, por el contrario, el enemigo hubiese terminado la guerra mucho más debilitado. Pero incluso para conseguir un acuerdo de paz con los franquistas, sólo mediante la firmeza y la disposición de continuar la lucha se podía abrir tal posibilidad.

Si los franquistas hubiesen visto que estábamos dispuestos a repetir lo de Cataluña –combatir hasta el último palmo de tierra y destruir todo lo que pudiese hacer más lento su avance, y otras muchas cosas–, no hay duda que hubiesen mostrado una actitud menos intransigente.

Esas y muchas otras cosas nos deben hacer pensar en lo que se podía hacer en esos siete u ocho meses, incluso en el caso de dar la guerra por perdida, sobre todo teniendo en cuenta la experiencia negativa de Cataluña, donde nada había quedado organizado detrás de nosotros, y el trágico ejemplo del paso a Francia, de lo que nos esperaba si éramos derrotados: campos de concentración, miseria, trato infame, cárceles y fusilamientos. Esos siete u ocho meses habrían servido para hacerles pagar aún más cara la victoria a los franquistas –en caso de que la obtuvieran– y, sobre todo, para tomar toda una serie de medidas con el fin de organizar la continuación de la lucha por otros medios y otras formas.

Nos habrían permitido crear organizaciones de Partido con medios de propaganda y de todo tipo para actuar en la clandestinidad en las ciudades y en los pueblos, así como establecer miles de depósitos de armas, municiones, víveres y otros medios de subsistencia y de combate.

Miles de mandos, de combatientes, de responsables políticos, sindicales y estatales de los más comprometidos podrían haberse salvado de la muerte si en los primeros días de la derrota hubieran tenido donde esconderse, hubiesen tenido en ciudades y montañas un refugio y una base organizada de antemano para continuar la lucha.

Lo anterior no quiere decir que esto no se pudo o no se debió hacer, pese a cuándo y cómo se terminó la guerra, si la dirección del Partido hubiera cumplido con su deber.

Dolores Ibárruri escribe en su libro *El único camino*: «De ahí que no preparásemos a nuestros camaradas para hacer frente a cualquier contingencia en nuestra retaguardia, de ahí la ausencia de previsión ante la posibilidad de la derrota. Ni imprentas, ni papel, ni radio, ni dinero, ni casas, ni organización ilegal. Nada habíamos preparado.»

Bien caro habrían de pagar nuestro partido y nuestro pueblo esta falta de previsión.

Sí, parte de los dirigentes máximos del Partido y de las JSU de aquella época, muchos de los cuales lo siguen siendo en la actualidad del Partido carrillista, son culpables de muchas de las tragedias de aquel período, que ellos quisieran ocultar hoy

con nuevas marrullerías. Son culpables, sobre todo, de la falta de previsión y medidas para la continuación y actividad del Partido en las condiciones de la derrota.

Es claro que la aceptación de una u otra tesis lleva consigo el estudio y análisis de los hechos y del papel de unas u otras fuerzas de forma diferente. Pero incluso aunque aceptáramos la tesis de que era imposible continuar la guerra después de la pérdida de Cataluña, no podemos aceptar que todo lo que hizo la dirección del Partido en relación con esa cuestión fuese correcto y, por el contrario, lo es mucho menos si admitimos que –aun en el peor de los casos, es decir, el de perder la guerra– había todas las posibilidades y medios para continuar la lucha como mínimo siete u ocho meses e incluso más, y que ello hubiera sido menos doloroso y menos costoso para nuestros combatientes y para todos los antifranquistas de lo que fue al terminar la guerra como se terminó.

¿A qué se debe esta conducta de tales dirigentes?

Según mi opinión a dos causas: una, que a estos dirigentes, como a todos los que desempeñábamos otras misiones, sus cargos les venían demasiado anchos. El cambio fue demasiado brusco y demasiado grande para todos nosotros. Pasar de la oposición a participar en la dirección de toda la vida del país y, además, en una situación de guerra, era terriblemente complicado y difícil para todos nosotros. Pero, reconociendo este aspecto de la cuestión, queda otro: el de la actitud y conducta de cada uno para superar, vencer sus propias dificultades y deficiencias. Y es aquí donde todo no marchó como es debido. La conducta moral y la actitud de una serie de dirigentes políticos ante la lucha, las dificultades y los sacrificios del pueblo dejaron, bastante que desear. Y si hoy recuerdo todo esto no es sólo por el papel negativo que la conducta de esos dirigentes desempeñó en la actividad de los órganos dirigentes del Partido y de las JSU en aquella época, sino porque algunos de esos dirigentes siguen hoy en cargos de dirección del PCE como Carrillo, con una conducta tan negativa y tan señoril como la de hace cuarenta y tantos años.

En una parte de los dirigentes del Partido hubo, desde los primeros días, una tendencia a la buena vida y, en la práctica, desconfianza en la victoria del pueblo, desconfianza que esos dirigentes encubrían con una actitud de fanfarronería diciendo que preocuparse de tomar medidas de organización ante la posibilidad de una derrota sería no creer en la victoria. Con otra actitud, una de las cosas que hubiera pasado es que la dirección del Partido se habría preocupado de adoptar las medidas para proseguir la lucha en la clandestinidad; hubiese pasado que la dirección del Partido se habría preocupado de ayudar a nuestras organizaciones y militantes en las zonas ocupadas por los franquistas desde los primeros días de la sublevación y, en primer lugar, de ayudar a las guerrillas que habían surgido espontáneamente en muchas de esas zonas.

En los últimos días de la guerra las directivas dadas por la dirección del Partido a los camaradas fueron de trasladarse a Valencia y Alicante por todos los medios a su alcance. Por su parte, y siguiendo la orientación y las órdenes dadas por la dirección del Partido, los miembros del Comité Central que quedaron en la zona centro-sur al acabarse la guerra, dedicaron todas sus energías y los medios del Partido a salir al extranjero. Algunos de ellos regresaron luego al país desde América, pero el regreso de unas docenas de camaradas al país y la muerte heroica de la mayor parte de ellos no puede servir para encubrir la falsa orientación dada al Partido por su dirección. En tal caso es una nueva acusación, pues si esos camaradas, en vez de salir al extranjero para luego volver a entrar, se hubieran quedado en el país con determinadas condiciones de vida y de trabajo, lo más seguro es que se habrían salvado. No debe olvidarse que la casi totalidad de los camaradas detenidos después de regresar del extranjero lo fueron nada

más llegar. Y hay pruebas de que a más de uno la policía ya lo estaba esperando antes de llegar.

La voluntad de vencer desempeña un papel de enorme importancia para obtener la victoria en toda lucha, ya sea armada, política o de otro tipo. Esa voluntad de vencer la había en la inmensa mayoría de los que durante la guerra defendimos la República, lo mismo en los frentes que en la retaguardia. Pero esa voluntad le faltaba a la mayoría de los que dirigían esa lucha en los más altos escalones, incluida una parte de los miembros de la dirección del PCE y de las JSU. Voluntad de vencer la tenía José Díaz, pero estuvo enfermo la mayor parte de la guerra y por eso imposibilitado de dirigir. La tenían Pedro Checa y Vicente Uribe; la tenían Daniel Ortega, Domingo Girón, Guillermo Ascanio, Cayetano Bolívar, Manuel Recatero, Cristóbal Valenzuela, Trifón Medrano, Andrés Martín; José Cazorra, Eugenio Mesón, Lina Odena y otros muchos dirigentes del PCE y de las JSU que lo supieron demostrar en los campos de batalla y frente a los piquetes de ejecución casadistas y franquistas. Pero qué poquitos hay hoy en el Comité Ejecutivo y Comité Central carrillistas que en aquella época dieran pruebas de voluntad de vencer, a pesar de que por los cargos que desempeñaban en la dirección del Partido y de las JSU tenían la posibilidad de hacerlo.

Los militantes del PCE y de las JSU cumplieron magníficamente con su deber. Derrocharon heroísmo, valor físico, capacidad organizativa y dignidad. Pero no hay derecho a parapetarse tras la obra de los militantes para seguir presentándose como unos dirigentes que todo lo han hecho magníficamente y que a ellos se deben los éxitos del PCE. Esos éxitos han existido a pesar de que una buena parte de esos dirigentes que hoy siguen a la cabeza del Partido carrillista no cumplieron con su deber.

De las debilidades de esos dirigentes en la guerra y en su conducta posterior había de aprovecharse Carrillo por los años cuarenta y cincuenta para someterlos a su completo dominio, como iremos viendo a lo largo de los años.

En las discusiones de Moscú mostré mi acuerdo con las opiniones de José Díaz de que había sido un grave error que después de la batalla del Ebro –y más aún a partir de los primeros días de enero, cuando la pérdida de Cataluña se veía venir, sobre todo si tenía que seguir defendiéndose exclusivamente con sus propios medios, como sucedió– lo fundamental del BP y de la dirección de las JSU no se trasladara a la zona centro-sur, que era donde se podía ayudar a Cataluña. Pero al mismo tiempo que daba mi acuerdo a esa opinión, sostuve que consideraba que el error venía de más atrás, al trasladar a Barcelona, ya antes del corte de la zona republicana en dos, pero sobre todo después del corte, a la totalidad de los miembros del BP y una parte fundamental del CC, así como de la dirección de las JSU y otros cuadros.

Opiné también que querer explicar el golpe de Casado exclusivamente por la traición de una serie de gentes y de las presiones y manejos del Gobierno inglés, podía parecer cómodo, pero no era ni convincente ni real. Afirmé que, según mi opinión, sería necesario examinar cómo se había llegado a esa situación, el papel de las diferentes fuerzas y responsabilidades entre nosotros mismos, comenzando por el BP y cada uno de sus miembros. Estas y otras opiniones que allí expuse se habrían de ir confirmando en mí a lo largo de los años al ir conociendo hechos, conductas y actitudes que en esos momentos ignoraba.

La discusión, repito, no era nada fácil, y según iban pasando los días y las semanas se iba complicando y agriando cada vez más, lo mismo entre nosotros, los españoles, que con el Secretariado de la IC. Cada día que pasaba se afirmaba en mí la idea de que se quería llegar a unas conclusiones pero sin ir realmente al fondo de los problemas y así, a mediados de agosto, se dieron por terminadas las discusiones, tanto entre nosotros como con el Secretariado de la IC. En una reunión –la última–, José Díaz

hizo toda una serie de proposiciones y todas ellas fueron aprobadas. Entre éstas estaban: que Uribe, Hernández, Comorera y Checa salieran para diferentes países de América. Lo que hicieron en las semanas siguientes. Hernández, con su mujer, tuvo que volverse desde Suecia y ya se quedó en la Unión Soviética hasta últimos de 1943, en que salió para México. Los demás llegaron normalmente a sus destinos.

Se aprobó asimismo que los miembros del BP en Francia, Giorla, Delicado y Antón, y los del CC, Santiago Álvarez y otros, continuaran en ese país, encargándose de organizar el Partido allí. Dolores y Castro pasarían a trabajar en la IC y el propio José Díaz entraría a formar parte del Secretariado de la misma. Modesto y yo ingresábamos en la Academia Militar Frunze para hacer un curso de tres años. En cuanto a Carrillo nada se dijo ni acordó.

Por su parte, el Secretariado de la IC decidió el regreso de Togliatti a Francia, donde fue detenido unos meses más tarde, pero logró salir de la cárcel y regresar a Moscú gracias a la ayuda del Gobierno soviético.

Durante esas discusiones en Moscú hubo para mí muchas cosas incomprensibles, que sólo con el correr de los años y al ir conociendo hechos, opiniones y personas se fueron aclarando. Lo cual no quiere decir que no queden puntos oscuros para mí. Una de las cuestiones incomprensibles para mí en el momento de producirse fue la liquidación brutal de las discusiones entre nosotros y de nosotros con el Secretariado de la IC. Esa forma de poner fin a una discusión donde se habían tratado problemas muy serios sin llegar a ninguna conclusión ni acuerdo sobre los temas examinados, me parecía un escamoteo puro y simple. Sólo más tarde había de ir conociendo toda una serie de hechos relacionados con nuestra guerra que habían sucedido durante ésta o que seguían sucediendo. Entre ellos uno, y no pequeño, es lo que estaba sucediendo con muchos de los mandos militares y políticos soviéticos que habían participado directa o indirectamente en la guerra de España.

Los dirigentes soviéticos no tenían interés en que la profundización en el examen de los acontecimientos en España y de las actividades de los consejeros, delegados de la IC, miembros de las Brigadas Internacionales, etc., nos llevara demasiado lejos.

Otro problema muy serio era la propia situación del PCE, debido a la actitud y conducta de parte de sus miembros de dirección que, aprovechándose de las dificultades que nos creaba la derrota y la división geográfica del Partido y de sus órganos dirigentes, actuaban según les parecía a ellos. La derrota en la que tales dirigentes tenían una seria responsabilidad les venía bien para sacudirse la disciplina del Partido. ¡Caro pagaríamos ese escamoteo!

Las discusiones fueron para mí el descubrimiento de un mundo nuevo. En el período anterior a la guerra yo había dirigido la rama político-militar del Partido y en marzo de 1937 fui elegido miembro del CC, mas toda mi actividad se desarrolló en los frentes de batalla. Asistí a dos plenos del CC, pero mis deberes en el frente no me permitían ausentarme muchas horas ni tener una relación muy frecuente con el Buró Político. Por eso, lo que yo iba conociendo del funcionamiento de éste y de sus diferentes miembros era por conversaciones con camaradas y no por una participación directa en la dirección.

En las discusiones de Moscú, ante mí se iba abriendo un panorama que me llevaba de sorpresa en sorpresa. Cobardías y corrupciones aparecían en la vida y conducta de algunos de los presentes y de otros que no estaban pero que eran miembros de la dirección.

Estoy plenamente convencido de que si en 1939 se hubiese hecho un verdadero análisis de la derrota que acabábamos de sufrir, sus causas y las responsabilidades que

nos incumbían individual y colectivamente, muchos errores posteriores hubiesen podido ser evitados. Y, sobre todo, Carrillo no hubiese podido someter a su total dominio a esos dirigentes. Ésa es una de las explicaciones, no la única, de cómo Carrillo pudo llegar a ser el amo del PCE y llevarlo a su destrucción.

No estarán de más unas palabras en relación con la cuestión de las academias militares.

A mediados de junio, Manuilski nos comunicó que se nos ofrecían entre veinticinco y treinta plazas en la Academia Militar Frunze y seis en la de Estado Mayor. Se nombró una comisión formada por Checa, Castro y yo para preparar la lista de candidatos, que al final quedó compuesta de la siguiente forma: Modesto, jefe de ejército; Tagüeña y yo, jefes de cuerpo; Merino, Rodríguez, Beltrán, Soliva, Marín, Ortiz, Feijoo, Usatorre, jefes de división; Artemio, Garijo, Aguado, García Victorero, Álvarez, Justillo, Casado, Muñoz, Carrasca, Sánchez, jefes de brigada; Boixó y Carrión, jefes de batallón; de Artillería, Sánchez Thomas; de Ingenieros, Bobadilla; de Aviación, Vela; de Marina, Menchaca. A esta lista de veintisiete fue agregado luego, por indicación de los soviéticos, *El Campesino*, que a los pocos meses de comenzado el curso fue dado de baja.

Para la Academia de Estado Mayor fueron destinados: A. Cordón, J. M. Galán, Ciutat, Prados, Márquez y Sierra.

En septiembre de 1939 comenzamos los estudios en las dos academias. El curso era de tres años, pero al producirse la agresión hitleriana contra la URSS el 22 de junio de 1941, la Frunze pasó a ser una academia de seis meses para oficiales hasta el grado de capitán. Los alumnos y la mayor parte de los profesores marcharon al frente, y nosotros, de alumnos pasamos a profesores. Posteriormente, nuestro colectivo se fue disgregando. Una parte se fue a formar parte del movimiento guerrillero en la retaguardia enemiga; Modesto, Cordón y yo fuimos ascendidos a generales y enviados al Ejército polaco, organizado en la Unión Soviética. En él, Cordón pasó a formar parte del Estado Mayor; Modesto al mando de la primera división, y yo de la segunda. El resto continuaron de profesores.

Por nuestra participación en la preparación y mando del nuevo Ejército polaco, Modesto y yo habíamos de recibir en 1946, de manos del presidente Beirut, la más alta condecoración polaca, la Cruz de Grünwald.

¿Qué es hoy de todos esos militares? Boixó y Feijoo murieron durante la guerra contra los hitlerianos, Aguado y Modesto murieron en Praga, Soliva, García Victorero, Muñoz y Vela murieron en España. Bobadilla, Usatorre, Carrasco y Álvarez murieron en la Unión Soviética. Casado murió en Cuba. Tagüeña y Beltrán murieron en México. Cordón murió en Italia. El resto andamos por el mundo».